

EL BALLO ILUSTRADO

Días de lectura

Un tal Lucas de Julio Cortázar

Qué manera de empezar el año: se perdió mi perro. El perro se llamaba Garufa porque ese era su defecto: un perro que vivía para la parranda y sabía abrir la puerta con la mano. Prefiero no acordarme.

Pero siempre se puede convertir el tiempo deslucido en época: con un buen libro.

Imagine el lector que además ese libro es entretenido y serio, está cuidadosamente redactado y es de Julio Cortázar, se llama *Un tal Lucas*.

En un gran movimiento de reversa Lucas se ve a sí mismo cortándose las cabezas de los malos hábitos, ya que como todo joven que cumple bien con su papel tiene planes, obligaciones y todo un carácter que reformar. Y como todo joven no lo logra.

Se busca patriotero, en familia, escribiendo, identificándose trabajosamente en el cine con un pulpo, jorobando con razón a los vecinos cuando no le gusta un concierto. Se reencuentra en las complejidades

de sus juegos pícaros, o dando espantosas clases de español a unos franceses, que vaya usted a saber qué idioma aprendieron al final esos pobres.

Nos identificamos con el Lucas podrido de tanta ecología y elogio a la madre Natura. Que como todos sabemos no es sabia: apenas enterada. Es espléndido cuando le reclama al amigo que cada día se vuelve menos excepcional y más parecido a sus hermanos.

El lector disfrutará enteramente por su cuenta y sin previas citas que le estropeen la sorpresa, una conferencia en la que Lucas dice todo lo que le da la gana.

Lo mismo se puede decir de la temporada de Lucas en el hospital, que además puede resultar útil para futuros pacientes avivados.

Después viene un cuento de espanto, pero bueno: nada de utilería, nada de literatura: a espantar de veras.

En realidad todos son cuentitos-reflexiones logradísimas, por ejemplo: cuando prueba que los gatos son teléfonos (y no sólo los negros de codo largo: todos) pero su descubrimiento, que tanto haría ahorrarse a esta humanidad cada vez más pobretona; es recibido "con un silencio de tapioca congelada" y todos sabemos que desde Mansilla y Esteban Echeverría (Esteban) la tapioca amargó muchas infancias rioplatenses.

Sin enumerarlos todos los cuen-

tos aunque sean buenos, reconocemos que Lucas y sus amigos cocinero-musicales arman una fiesta inigualable de cariño, empanadas, nenes medio embromones, carcajadas, conversaciones, amistad, vino a chorros, canciones, soluciones tajantes a cualquiera o todos los problemas habidos, y más comida, vino y amor como en las mejores fiestas medievales y que resultan también una fiesta para el lector que quizás vive como en "el velorio de un profesor de derecho de la avenida Quintana" y necesita de estas fiestas Pantagruélicas una vez al año por lo menos (y si las puede vivir todavía mejor).

Y de veras qué tiene mucho de Rabelesiano este Lucas de Cortázar, porque eso de hacerle una complicada torta de hojaldre a Gladys como regalo y que al final, bueno eso léalo el lector a ver qué opina.

Dicho llanamente: Cortázar hablando del estilo literario, el mensaje y lo demás, es un budín.

Con toda solemnidad recomendamos la traumatoterapia y a ver si hay un sólo médico que se atreva a oponerse. Lo cura todo. En serio.

Y al final los años caracol que lo separan de Margarita, mucho peores que los años luz. Y qué final. ●

Natacha

GONZALEZ CASANOVA